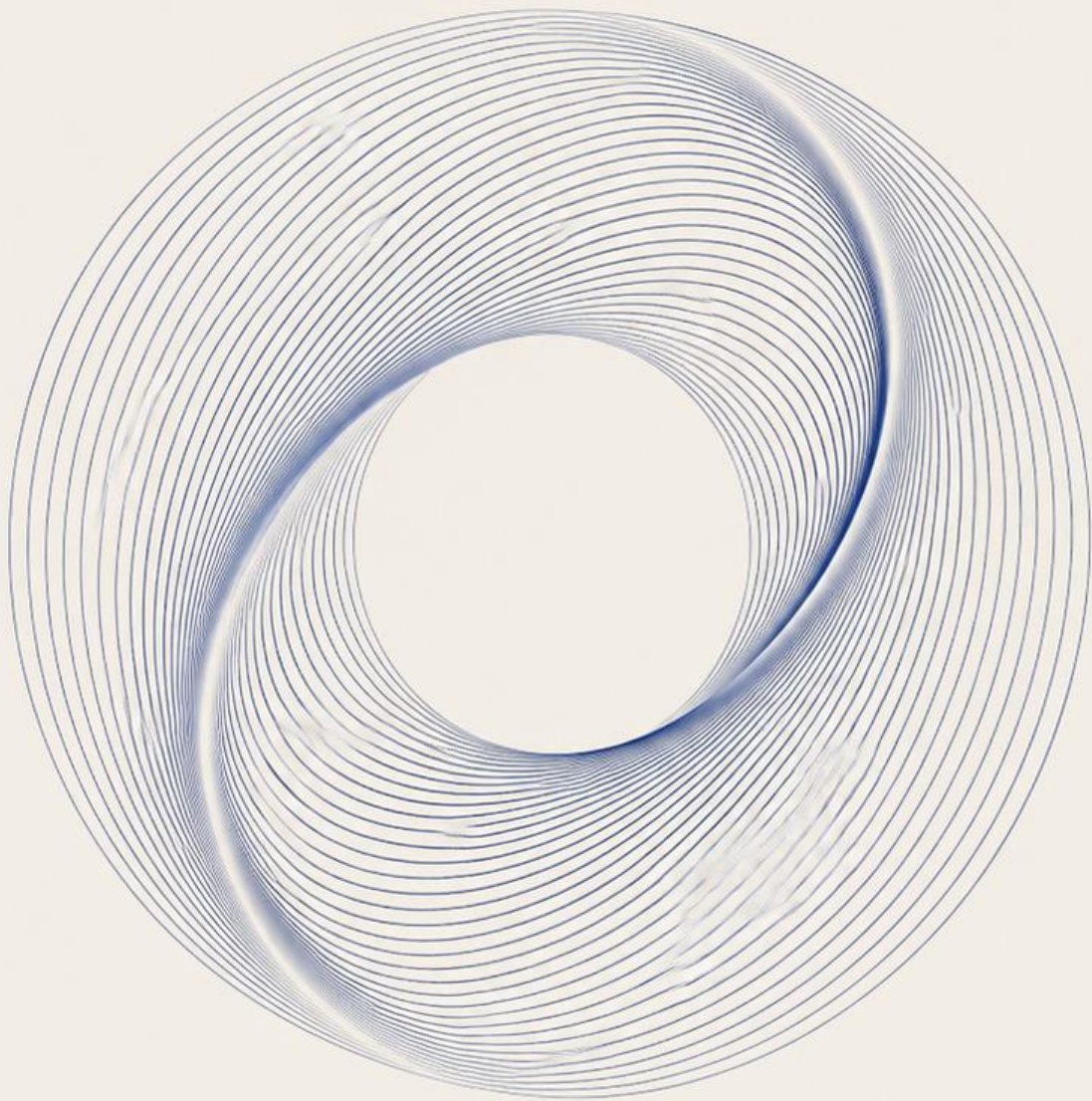


¿Qué calzan los algoritmos?

Plataformas, IA y producción de subjetividad.



GASPAR BASUALDO

Primer encuentro: 01/08

Clinic Zones Córdoba

Encuentro del 01/08.

Antes que nada, quiero agradecer la invitación y agradecer especialmente a Clinic Zones, porque para mí estos encuentros tienen algo bastante particular: intentar partir de las anteriores conversaciones tomar algunas de las preguntas que quedaron abiertas y llevarlas hacia un territorio en el que vengo trabajando hace algunos años:

¿Qué ocurre cuando las condiciones en las que decimos, nos vinculamos, buscamos información, nos mostramos, deliberamos, trabajamos, deseamos y tomamos decisiones están crecientemente mediadas por infraestructuras computacionales?

A partir de aquí me interesa proponer una división entre 2 encuentros. Hoy voy a intentar detenerme sobre las siguientes preguntas: **¿Dónde están ocurriendo actualmente los procesos de subjetivación? ¿En qué espacios, temporalidades, territorios, infraestructuras y relaciones?** Y voy a reservar para el próximo encuentro una pregunta diferente: una vez construido ese territorio, **¿cómo se producen allí determinadas modalidades de subjetivación?**

Hoy quiero demorarme en el **dónde** para no hablar demasiado rápido del **cómo**.

La computación ubicua no pide permiso.

No llega.

Ya llegó.

No se presenta como una máquina situada frente a nosotros,
como un objeto al que podríamos acercarnos
o del que podríamos alejarnos.

Se pliega.

Entre una palabra y la siguiente.

Entre mi cuerpo y el lugar al que voy.

Entre la pregunta y aquello que aparecerá como respuesta.

Entre el anhelo de encontrar a alguien

y la serie de rostros que una interfaz dispuso para mí.

Se instala en nuestras conversaciones

sin necesitar participar de ellas como un humano.

Escucha sin oír.

Mira sin ver.

Recuerda sin haber vivido.

Anticipa sin esperar antropomorfización.

Transforma la distancia en ubicación,

la demora en latencia,

la presencia en estado,

el vínculo en grafos vectoriales,

el movimiento en trayectoria,

la atención en permanencia,

la vacilación del dedo en una señal.

No todo signo significa para que un ser hablante les confiera
sentido.

Signos que sensan el ambiente.

Signos asignificantes, pero no insignificantes.

Porque operan y cuentan.

Cuentan cuántas veces, durante cuánto tiempo, con qué relaciones,
qué vuelve; signos que cuentan que cuenta cuenta.

Mientras elegimos,
una arquitectura aprende de la elección
para reorganizar el campo de la próxima.

Las consultoras políticas miden grafos,
imágenes negativas,
significantes flotantes,
ritmos de reacción.

En filosofía política hablan de
que el alma se modula en
sensores maquínicos;
que la guerra, el trabajo y el capitalismo
se volvieron ensambles cognitivos.

Un influencer ensaya espontaneidad
con un guion optimizado.

Una casa de apuestas radicada en Curazao
financia cuentas automatizadas con
contenido anti-messi y anti-argentina
capturando la mayor probabilidad de
que la atención de los jóvenes se
convierta en los números
de la tarjeta,

Diego Maradona es revivido
para decir que se juega con pelotas.

Ahora también se juega con perfiles,
predicciones, mercados instantáneos,
cuentas sintéticas,
videos recortados
y derivados que cambian de valor
antes de que un cuerpo alcance a comprender lo ocurrido.

Docentes preguntan
qué hacer con un texto que parece escrito por alguien
pero cuya enunciación no puede localizarse enteramente en nadie.

Los juristas preguntan
qué ley puede orientar una máquina
cuando la ley ya no circula solamente en libros, códigos y

sentencias,
sino también en pesos, restricciones, clasificadores y protocolos.

La geopolítica busca un amarre de gravedad
mientras el centro se distribuye
entre nubes, chips, Estados, plataformas, laboratorios y usuarios.

En 2020 trasladamos el diván
a una voz comprimida, transmitida y recompuesta.

La respiración llegó por micrófono.

El silencio atravesó servidores.

El cuerpo-rostro quedó enmarcado en un rectángulo.

La transferencia tuvo conexión inestable.

Y mientras discutíamos si aquello seguía siendo análisis,
aprendimos a alojar una presencia
sobre una superficie luminosa donde el rostro
ya no era solo reflejo, era señal y flujo pixelado.

¿Qué clase de diván organológico inventamos entonces?

¿Dónde estaba la sesión?

¿En una habitación? ¿En dos?

¿En la red? ¿En la voz?

¿En el corte producido por una señal que se congelaba?

La computación ubicua no pide permiso.

Se instala en el consultorio,
en la escuela, en el trabajo,
en el duelo, en la guerra,
en la seducción,

Se instala en Términos y condiciones
que no leímos para ingresar en condiciones que ya nos estaban
leyendo.

Mis datos pueden almacenarse en una jurisdicción que no habito,
procesarse en chips fabricados en Taiwán,
atravesar cables de 10.000 km sumergidos en océanos,
depender de minerales extraídos en el Congo

y consumir electricidad de ciudades
allí donde mi experiencia
solo reconoce una palabra:

nube.

Pero la nube pesa.

Tiene suelo, agua, temperatura, frontera, trabajadores, y pocos
propietarios.

Como dice Barad: It matters.

Porque esto importa y a la vez materia.

Porque aquello que parece inmaterial
modifica la distribución material de lo posible.

Y después volvemos al gesto mínimo.

Pulgar arriba.

Confirmo que vi el mensaje.

Si no respondo con palabras o emojis,
un signo responde igualmente por mí.

Quitó el tilde azul
para no herir susceptibilidades,
y para administrar el momento exacto
en que el otro pueda saber que lo vi.

Quiero haber visto
sin ser visto viendo.

Quiero demorar la respuesta
sin que la demora sea interpretada.

Pero la interfaz escribe también con mi silencio.

“En línea”. “Escribiendo...” “Última vez hoy a las...”

La ausencia adquiere una inscripción.

La espera, una métrica.

El silencio, una interfaz.

Durante veinticuatro horas
mi imagen permanece dentro de un supuesto círculo de contactos.

Elijo quién (no) podrá verme.
Practico una política cotidiana de la aparición.

Administro qué fragmento de mí
se volverá visible
en este espejo de silicio, óxido de Indio y Estaño.

Pero el espejo ya no se limita a devolver una imagen.

La recorta. La compara.
La clasifica. La vincula.
La hace circular. Convirtiéndola en superficie de cálculo.

Deslizo y Soy deslizado. Perfiló una imagen y Soy perfilado.

Pregunto y algo o alguien responde.

Entonces cierro la aplicación.

Apago la pantalla.

Guardo el teléfono en el bolsillo.

Y queda la pregunta:

¿Dónde comienza y termina el dispositivo?

Me interesa torcer la noción de si entramos o salimos en los dispositivos maquínicos. Por ello, considero fundamental preguntarnos ¿En qué espacio-tiempo estamos, cuando aquello con lo que hacemos mundo también nos mide, nos relaciona, nos anticipa y reorganiza el espacio-tiempo con el que intra-actuamos?

Porque aquello con lo que compartimos ambiente también registra nuestros datos, nos pone en relación, anticipa posibilidades y reorganiza aquello con lo que nos encontraremos.

Para retomar el recorrido que ha desarrollado Pedro Murguía (PM) en encuentros anteriores, me interesa subrayar algunas

operaciones que modifican la relación entre sujeto, lenguaje y espacio. Una de sus formulaciones iniciales fue: “tal vez el espacio mismo esté ocurriendo ahora”. Esto implica que el espacio no debe pensarse como un continente homogéneo, previamente disponible, dentro del cual luego se ubican cuerpos, palabras y relaciones. Algo se configura como campo en el acontecimiento mismo de esas relaciones: entre quien habla y quien escucha, entre los cuerpos, los silencios, los movimientos, las intensidades. El campo no es el escenario donde las fuerzas actúan; sino la configuración que esas fuerzas producen.

En Lacan ocurre una operación correlativa con el sujeto.

Esto tiene consecuencias espaciales. Si en Kant espacio y tiempo podían pensarse como formas a priori de la sensibilidad, en este recorrido lacaniano la dirección se invierte: no podemos presuponer un sujeto trascendental que garantice previamente la forma del espacio. **El sujeto emerge en operaciones de diferencia, corte y articulación.** De allí la importancia de superficies como la banda de Möbius o el cross-cap: permiten mostrar que adentro y afuera no se distribuyen de manera simple.

El desplazamiento se vuelve más notorio en el Lacan de los nudos. PM subrayó considerar lo imaginario no reducido a ilusión narcisista o engaño especular, trayendo la noción de **consistencia**. Consistencia implica lo que hace que algo tenga cuerpo y no se disuelva. Lo imaginario consiste como cuerpo, lo simbólico se articula con el agujero y lo real con la ex-sistencia; tratándose la pregunta de cómo registros heterogéneos pueden sostenerse en un anudamiento. La consistencia, en este sentido, es relacional.

Para pensar esto, Lacan abandona progresivamente el *more geometrico*: la confianza en un espacio euclidiano, extensivo, homogéneo y representable. El nudo borromeo no debe pensarse como un objeto colocado dentro de ese espacio. El nudo es una escritura de relaciones cuya propia consistencia configura espacio. Por eso Lacan puede formular que la relación precede al espacio. El espacio se piensa como efecto de relaciones, cortes e imposibilidades de cierre.

Es allí donde la escritura *dit-mensión* adquiere todo su peso. Lacan hace resonar *dit*, lo dicho, para introducir otra relación entre espacio y decir. El decir no ocurre simplemente dentro de un espacio ya constituido: puede abrir una dimensión. Introduce un corte, modifica relaciones, hace aparecer un borde y, con ese borde, un agujero. La *dit-mensión* nombra un espacio propio del ser hablante inseparable de las operaciones mediante las cuales ese ser hablante adviene.

El espacio del ser hablante es aquello que se produce en el mismo movimiento mediante el cual podemos habitarlo. La *dit-mensión* nos permite pensar la producción del espacio donde una experiencia puede adquirir cuerpo, borde, diferencia y consistencia. Cuando hay anudamiento, hay espacio; cuando el espacio se produce, aparece el agujero; y ese agujero impide que el campo pueda cerrarse sobre sí mismo.

Siguiendo entonces este desplazamiento, si el espacio del ser hablante no está dado de antemano: es un espacio que debe producirse, abrirse, sostenerse e inventarse. El decir es acontecimiento, algo sucede en el hecho mismo de decir. Por eso importa distinguir el decir de lo dicho: lo dicho puede fijarse, repetirse, circular como significación; el decir, en cambio, remite al acto mediante el cual una configuración previa puede ser alterada. En ese sentido, el decir no simplemente describe un espacio: puede introducir una discontinuidad en él, abrir una diferencia y producir nuevas condiciones de existencia. El decir puede abrir un campo e introducir un corte, pero no todo decir produce un borde estable. La nominación constituye una operación específica del decir que, cuando acontece, recorta un borde y puede anudar. El borde, sin embargo, no se reduce a la nominación: es la consistencia de un lazo, un trazo o un recorrido que circunscribe un agujero y vuelve habitable una configuración.

Pensemos en el agujero, el agujero tampoco precede al borde, no tenemos primero un vacío y después una línea que lo rodea; es el recorrido del borde el que hace existir el agujero. Cuando un cuerpo traza una vuelta, ese cierre produce un adentro que antes no existía como tal. El agujero es, entonces, efecto del anudamiento y condición de su consistencia. No designa simplemente una carencia negativa:

introduce una indeterminación estructural sin la cual no habría movimiento, deseo ni posibilidad de transformación. El borde limita, pero precisamente porque limita también sostiene. Su función no es eliminar el vacío, sino permitir que ese vacío no se convierta en pura dispersión.

Esto abre dos preguntas que quisiera conservar durante todo nuestro recorrido: ¿Qué operaciones son las que hoy producen bordes? ¿Qué cortes, repeticiones y formas de anudamiento vuelven habitable hoy un campo sin cerrarlo sobre sí mismo?

Para ello me interesa traer la noción de **territorio** como una **consistencia provisoria alrededor de una indeterminación que permanece abierta**. El puente no suprime la separación; produce una relación atravesándola. Y el agujero no es aquello que deberíamos completar o anular: es aquello alrededor de lo cual puede existir circulación. Esta imagen me interesa porque modifica radicalmente una ética pensada únicamente en términos de apertura. No toda apertura libera, así como no todo límite oprime. Hay bordes que inmovilizan y bordes que permiten moverse; consistencias que hacen posible una existencia y consistencias que la cristalizan. Por eso quisiera conservar una pregunta que PM formuló casi como una orientación práctica: **¿mi modo de anudar permite movimiento o me inmoviliza?** Se trata de interrogar qué relaciones permiten sostener una diferencia sin absorberla, qué configuraciones hacen posible desplazarse sin desintegrarse y qué territorios consiguen alojar transformaciones sin convertirlas inmediatamente en clausuras.

Atendiendo a la dimensión de la angustia, si el borde es aquello que permite que el agujero opere como vacío estructurante, podríamos preguntar qué ocurre cuando esa función de borde se vuelve precaria. Cuando las distancias que permiten diferenciar posiciones se vuelven difíciles de sostener, el cuerpo deja de funcionar solamente como soporte de la experiencia volviéndose zona inmediata de impacto. El problema ya no sería entonces la existencia del agujero, sino la imposibilidad de bordearlo.

Y allí empieza a aparecer, una pregunta ética mucho más contemporánea: **qué modos de consistencia y bordes hoy se están produciendo, y qué capacidades de movimiento/impacto habilitan.**

Qué bordes sostienen una diferencia; cuáles la capturan. Qué repeticiones territorializan una existencia y cuáles la vuelven irrespirable. Qué dispositivos modulan los bordes con los cuales hoy consistimos. Todavía no quiero responder esas preguntas. Pero son las que quisiera llevar, poco a poco, hacia nuestro presente.

Hasta acá veníamos sosteniendo que el decir no es simplemente transporte de sentido. El decir acontece: introduce una diferencia en el campo. Y dentro de los modos posibles del decir, la nominación tiene una función particular porque no se limita a agregar un nombre a algo previamente constituido; recorta, hace borde, permite que algo adquiera consistencia. Esto me interesa porque empieza a insinuar una ética del decir: qué hace un decir, qué espacio inaugura un decir, qué relaciones vuelve posibles y qué modos de existencia consigue sostener. Pero precisamente ahí aparece una dificultad contemporánea.

Si toda nuestra analítica descansa exclusivamente sobre el decir en el plano significativo, corremos el riesgo de atribuir al lenguaje humano la totalidad de las operaciones mediante las cuales hoy se configuran nuestros campos de experiencia. PM introdujo a Karen Barad justamente en este punto. Con la noción de intra-acción, Barad cuestiona la imagen según la cual habría primero entidades individualizadas que posteriormente entrarían en relación. Los términos de una relación no preceden a la relación: determinadas diferencias, delimitaciones y propiedades emergen dentro del fenómeno mediante **cortes agenciales**. El corte participa en producir aquello que contará como diferente. Es la operación material-discursiva mediante la cual, dentro de una intra-acción, se producen provisionalmente los límites, las propiedades y las posiciones que harán aparecer algo como “esto” y otra cosa como “aquello”. Y esto alcanza incluso al espacio y al tiempo: para Barad, espacialidad y temporalidad no son recipientes previos, sino que son iterativamente producidas y reconfiguradas mediante intra-acciones material-discursivas.

Esto introduce una distinción importante: No todo corte es un decir significativo. No todo aquello que produce una diferencia nombra. Existen operaciones que producen diferencias efectivas, dan lugar a cortes, sin pasar por una enunciación humana. Un sensor

discrimina. Un LLM produce lenguaje. Una ontología técnica hace distinguibles determinadas propiedades y no otras. Desde Barad, la agencia no es una propiedad que alguien posee; la agencia designa la capacidad de reconfiguración que se actualiza en determinadas intra-acciones.

Por eso un aparato no es simplemente un instrumento colocado entre un sujeto y un mundo: forma parte de las condiciones materiales mediante las cuales ciertos fenómenos llegan a adquirir determinación. Me interesa conservar la especificidad del decir y de la nominación, pero introducir junto a ellos **otros regímenes de diferenciación**. Porque nuestros cuerpos e intercambios están actualmente relacionados con aparatos que registran, clasifican, correlacionan, modelizan y anticipan sin necesidad de que esas operaciones sean perceptibles para nosotros. La cuestión ética se vuelve entonces más compleja: ¿cómo dar cuenta de las condiciones mismas del campo en el que se dice que están siendo moduladas por operaciones que no son ellas mismas decires significantes?

Para precisar esta dificultad necesito introducir ahora otra categoría: **ensamblajes cognitivos**. Traduje para *Arqueologías del Porvenir* el artículo de Katherine Hayles [Modos de cognición: implicaciones para los modelos de lenguaje a gran escala](#), publicado en Antikythera en 2025. Lo que me interesó del texto fue una nueva definición de cognición, separándola de pensamiento humano. Hayles, tomando a Peirce, Deleuze, Barad y Haraway para construir su onto-epistemología, define la cognición como un proceso que interpreta información dentro de contextos que la conectan con significado y propone cinco criterios operativos que reúne bajo el acrónimo **SIRAL**.

Sensar: recibir información relevante de un ambiente; Interpretar: discriminar y seleccionar entre posibilidades y, justamente porque hay selección, poder equivocarse. Responder flexiblemente: no limitarse a una cadena causal rígida, sino disponer de alternativas. Anticipar: utilizar regularidades anteriores para abrir cursos posibles hacia estados todavía no presentes. Aprender (learning): modificar la conducta a partir de experiencias previas.

Lo decisivo es que esas capacidades no requieren necesariamente cerebros ni lenguaje humano. Hayles recorre bacterias, plantas y organismos no neuronales para mostrar que existen modos de cognición muy diferentes de la cognición consciente humana. Cada organismo sensa un mundo específico — su **Umwelt**— y construye, desde sus capacidades particulares, un modelo operativo de aquello que puede contar como significativo. Por eso un ambiente no es sencillamente “el mismo mundo” percibido mejor o peor por diferentes seres: distintos sistemas recortan diferencias distintas porque poseen capacidades distintas para sensarlas, interpretarlas y actuar.

¿Por qué es importante? Hayles sostiene que los modelos de lenguaje de IA satisfacen una versión modificada de SIRAL. No sensan el ambiente físico como nosotros; sensan ambientes conceptuales constituidos por lenguaje y relaciones entre datos. Interpretan correlaciones, producen respuestas flexibles, anticipan y aprenden en las condiciones específicas de sus arquitecturas. ¿Por qué introducir esto después de Lacan? No porque la cognición permita explicar al sujeto del inconsciente. Lo introduzco porque el campo en el que hoy hablamos ya no está organizado exclusivamente por actos humanos de dichos, decires y nominaciones. Hoy, sistemas técnicos seleccionan, clasifican, correlacionan y anticipan en escalas y temporalidades que exceden nuestra percepción.

Obliga a introducir una pregunta nueva: **¿Qué ocurre cuando las operaciones que participan en nuestros procesos de lenguaje, orientación, imaginación y decisión empiezan a distribuirse entre cognoscentes heterogéneos?**

Es aquí donde voy a utilizar la noción de **ensamblaje cognitivo**: no para borrar las diferencias entre humano y máquina, sino exactamente para poder investigarlas. Ya no preguntar solamente quién actúa, sino **qué operaciones se distribuyen, quién o qué las realiza, a qué velocidad, en qué escala y con qué capacidad para modificar el curso posterior del acontecimiento**. Y es en ese punto donde nuestro problema del espacio empieza a adquirir otra escala.

Si el decir puede abrir un campo y la nominación producir un borde que lo vuelva habitable, la complicación contemporánea es que ese decir acontece dentro de ambientes ya parcialmente organizados por cogniciones técnicas. Estas no producen por sí mismas la *dimensión* del ser hablante, pero pueden intervenir en las condiciones bajo las cuales un decir será formulado, recibido, repetido, reconocido o rechazado. No sustituyen al sujeto: **participan en el campo donde el sujeto adviene.**

Esto no obliga a convertir una máquina en sujeto. Al contrario: exige diferenciar con mayor precisión los modos de operación. Un modelo de lenguaje puede establecer relaciones entre signos sin que esas relaciones constituyan un decir en sentido analítico; puede producir lenguaje sin ocupar una posición de enunciación homologable a la del ser humano hablante. Sin embargo, esas operaciones **entran en relación con nuestros decires**. Hoy escribimos, hablamos, fotografiamos, buscamos y producimos imágenes en ambientes donde esas expresiones son capturadas como señales, correlacionadas con otras, clasificadas, modelizadas y posteriormente devueltas bajo la forma de una respuesta, una recomendación, un ranking, una imagen o una posibilidad de acción.

Acá quisiera hacer un pequeño salto hacia atrás, porque esta dificultad no resulta completamente ajena a Lacan. En el Seminario del 22 de junio de 1955 en la sesión titulada *Psicoanálisis y cibernética, o de la naturaleza del lenguaje*, Lacan se detiene precisamente en la cibernética:

“Les hablé de la convergencia de todo el proceso hacia un símbolo binario, hacia el hecho de que cualquier cosa puede escribirse en términos de 0 y de 1. ¿Qué hace falta aún para que en el mundo surja algo que llamamos cibernética? Hace falta que esto funcione en lo real e independientemente de toda subjetividad. Hace falta que la ciencia de los lugares vacíos, de los encuentros como tales, se combine, se totalice, y se ponga a funcionar sola”.

Veamos lo que dice en, la tercera, La troisième el 01/11/1974:

“Entonces, la vuelta se cierra sobre lo que acabo de decir hace un rato: el porvenir del psicoanálisis es algo que depende de lo

que advendrá de ese real, a saber, depende por ejemplo, de que los gadgets verdaderamente se nos impongan, de que verdaderamente lleguemos nosotros mismos a estar animados por los gadgets.”

Me gustaría que hagamos foco en los gadgets, tomar esa afirmación sin cometer un anacronismo. Lacan no estaba hablando de transformers, plataformas ni modelos generativos. Pero había identificado una mutación decisiva: **la posibilidad técnica de que ciertas articulaciones simbólicas sean materialmente automatizadas**, de que estemos animados por gadgets, de que signos y diferencias entren en combinatorias cuya operación no requiere que un sujeto humano produzca en cada paso su significación.

Setenta y uno, y cincuenta años después, el problema cambia de escala. Aquellas combinatorias ya no operan solamente sobre secuencias binarias relativamente simples. Y esos gadgets ya son modelados por sistemas de aprendizaje automático que establecen correlaciones entre enormes conjuntos de datos; transforman palabras en posiciones dentro de espacios vectoriales; reconocen patrones en imágenes y voces; producen inferencias y devuelven lenguaje nuevamente al campo humano.

¿Qué ocurre con el espacio del ser hablante cuando parte de las diferencias que lo atraviesan son capturadas, relacionadas y devueltas por sistemas que operan en escalas no humanas?

Para que estas preguntas no queden flotando en un plano exclusivamente conceptual, quisiera mostrar algunas escenas. Las elijo porque llevan ciertos problemas hasta un límite donde se vuelven particularmente visibles. No quisiera que las miremos preguntando simplemente **“qué puede hacer la tecnología”**. Quisiera cambiar la pregunta a ¿qué relaciones empiezan a ser posibles cuando estas operaciones adquieren enacción¹ maquínica y actúan en un mundoambiente entrando en composición con humanos?

¹ **Enacción:** capacidad de producir efectos y configurar un mundo mediante la propia actividad y el acoplamiento con un ambiente. Hablar aquí de *enacción maquínica* implica que los sistemas técnicos no se limitan a representar o procesar información: sus

[Primer video](#): Aquí es necesario dar cuenta de cómo estos robots perciben a los niños y actúan se mueven en consecuencia más allá de la coreografía. **¿qué significa que una máquina pueda modificar su acción a partir de aquello que encuentra?**

En enero de 2026, [Auterion realizó una prueba con tres drones de ataque](#). Un único operador asignaba objetivos y autorizaba el efecto letal; mientras tanto, el software resolvía autónomamente navegación, coordinación de formación, evitación de conflictos entre vehículos y guiado terminal. Tres blancos fueron atacados simultáneamente. Hay una decisión humana decisiva (actuar). Pero alrededor de ella existe una arquitectura que sensa, calcula, coordina, anticipa y actúa. Decir simplemente “decidió el humano” resulta descriptivamente insuficiente para reconstruir cómo fue posible el acontecimiento. La unidad de análisis empieza a desplazarse: de un agente que utiliza un instrumento hacia un ensamblaje de capacidades heterogéneas.

[Neuralink está ensayando interfaces cerebro-computadora implantables en personas con parálisis](#). El dispositivo registra actividad neural vinculada a intenciones motoras y la decodifica como comandos digitales. ¿Dónde comienza-termina la acción corporal? Tenemos actividad neuronal. Electrodo implantado. Un sistema que registra señales. Algoritmos que las decodifican. Una computadora. Acciones en el software. ¿Cuál de esos elementos realizó la acción? Decir el algoritmo o ella como individuos es absurdo; esto ocurre en un acoplamiento. La noción clásica de prótesis empieza a resultar insuficiente: ya no tenemos solamente un objeto pasivo que prolonga un órgano. Tenemos registros, interpretación de señales, feedback, aprendizaje de uso y reorganización progresiva del esquema de acción. Habilitando nuevas preguntas como: ¿dónde se materializa el cuerpo? ¿Mediante qué relaciones llega mi cuerpo a poder?

En 2020, [el documental surcoreano Meeting You](#) construyó mediante realidad virtual una escena donde una madre se encuentra con una reconstrucción digital de su hija fallecida. No había allí un modelo generativo actual: el equipo utilizó modelado 3D, captura de

operaciones participan materialmente en la configuración de relaciones, posibilidades de acción y ambientes compartidos con humanos.

movimiento, fotografías, un entorno virtual y dispositivos hápticos para producir la experiencia. Miremos solamente el gesto. La madre extiende una mano. Hay imagen. Hay voz. Hay mirada. Hay espacialidad. Incluso diseñaron recursos para producir sensación de temperatura durante el abrazo. Un aparato técnico participa materialmente en la producción de las condiciones bajo las cuales presencia, ausencia, cuerpo, imagen y memoria adquieren una determinada consistencia. Hace operable una relación que antes no podía adoptar esa forma.

Un robot de compañía, un enjambre militar, una interfaz cerebro-computadora y una reconstrucción virtual de una persona muerta tienen algo en común que me interesa para nuestro problema: **ninguna puede comprenderse mirando solamente el artefacto que aparece al frente nuestro**. Detrás del movimiento del robot hay sensores, registros, modelos, sistemas de control y entrenamiento. Detrás del movimiento del cursor hay actividad neural convertida en señales, señales convertidas en datos y datos procesados mediante algoritmos. Detrás de aquella aparición virtual hay archivos, imágenes, modelado, dispositivos de captura, motores gráficos e interfaces que consiguen producir una determinada escena de presencia. Es decir: aquello que aparece fenomenológicamente como *un dispositivo* es solamente el punto visible de **un ensamblaje de operaciones heterogéneas**.

Y si nuestro problema consiste en comprender qué espacio producen estos aparatos y qué relaciones hacen posibles, necesitamos poder abrir analíticamente esa caja negra. Para eso voy a utilizar una matriz que Pablo Manolo Rodríguez viene desarrollando junto con otros investigadores argentinos para pensar las actuales formas de procesamiento de lo social: [DAP –datos, algoritmos y plataformas–](#). Como tres dimensiones que se producen y retroalimentan mutuamente.

Una plataforma necesita datos para funcionar, pero al mismo tiempo diseña las condiciones mediante las cuales nuevos datos podrán producirse. Los algoritmos procesan esos datos, pero sus resultados reorganizan aquello que la plataforma vuelve visible y, con ello, las acciones de las que surgirán nuevos datos. Tenemos, por tanto, un proceso recursivo. Por eso prefiero hablar de una **matriz**

ecosistémica. DAP Permite estudiar un modo históricamente específico de organización sociotécnica en el cual actividades sociales cada vez más heterogéneas son traducidas en datos, procesadas algorítmicamente y reinscritas en ambientes platafórmicos que vuelven a participar en esas actividades.

Si las relaciones participan en producir el espacio, entonces necesitamos saber qué tipo de relaciones están siendo técnicamente producidas, procesadas y estabilizadas en nuestro presente. Voy a separar artificialmente las tres operaciones para poder estudiarlas. Pero mantengamos desde el comienzo algo claro: en funcionamiento, nunca están realmente separadas.

Datificación:

Empecemos por el primer término de la matriz: datificación. Y me interesa empezar por algo elemental, porque solemos hablar de “los datos” como si fueran pequeñas unidades de realidad que estuvieran allí afuera esperando ser recogidas. El dato no es simplemente un *datum*, algo dado; es también un *captum*, algo capturado, seleccionado, abstraído en función de una operación determinada. Para que algo cuente como dato tiene que haber un dispositivo capaz de distinguirlo, registrarlo y relacionarlo con otra cosa.

Esto significa que nada es un dato en sí mismo. Mi ubicación no es, por naturaleza, un dato. Tampoco mi rostro, mi frecuencia cardíaca, una compra, una palabra, el tiempo que permanezco frente a una imagen o el hecho de que esta mañana haya decidido no responder un mensaje. Todos esos acontecimientos pueden devenir datos si son recortados de un flujo, codificados bajo alguna forma y puestos en relación dentro de un sistema para el cual esa diferencia adquiere relevancia.

En este punto conviene distinguir digitalización de datificación. Digitalizar significa convertir algo a una forma susceptible de procesamiento digital: una fotografía, un libro, una canción, una voz. Datificar supone algo más: hacer que determinados registros puedan ser leídos en relación con otros registros. Se trata de que actividades heterogéneas pueden ser puestas en relación unas con otras;

convertir registros de la vida social en algo que pueda ser leído conjuntamente con otros sistemas de registro.

Pensemos un ejemplo: Yo miro un video durante ocho segundos. Ocho segundos no significan nada por sí mismos. Pero si un sistema registra que lo miré ocho segundos; que otros videos similares los abandoné a los dos; que después busqué determinado nombre; que volví a abrir ese contenido; que estoy ubicado en Córdoba; que tengo determinada edad declarada; que suelo interactuar con determinadas cuentas y que usuarios con patrones semejantes permanecieron diez segundos más ante otro contenido, esos ocho segundos adquieren otra existencia. Dejaron de ser solamente tiempo vivido y se vuelven una diferencia registrable dentro de un sistema de relaciones. Ese es el punto en el que algo de una práctica puede devenir dato. La operación supone siempre una reducción, el dato nunca coincide con el acontecimiento. Mis ocho segundos de detención no contienen mi experiencia de esos ocho segundos. No saben necesariamente si me interesó, si me horrorizó, si me distraje o si apoyé el teléfono mientras cebaba un mate. Pero pueden ser relacionados con otras diferencias y adquirir, posteriormente, un valor inferencial.

La datificación consiste en producir un determinado régimen de legibilidad. Qué puede registrarse, bajo qué categorías, durante cuánto tiempo, respecto de qué otros registros y para responder qué pregunta. Desde este punto de vista, la datificación tiene ya una dimensión epistemológica: construye aquello que podrá convertirse posteriormente en objeto de conocimiento y cálculo. Esto nos permite comprender mejor qué significa *Big Data*. No es solamente “tener muchos datos”. A día de hoy se conceptualiza al big data con 5 “V”: volumen, velocidad, variedad, veracidad y valor. Lo interesante es que ese cambio cuantitativo transforma también la operación epistemológica: ya no se construye solamente un modelo estadístico relativamente estable y luego se compara con un mundo exterior; los modelos pueden ser puestos a prueba, corregidos y actualizados continuamente utilizando nuevos flujos de datos.

Ahora quiero llevar esto a una escena en la que la datificación deja de parecer una cuestión menor de publicidad o redes sociales. En Tolkien, los palantíri son las “piedras videntes”: artefactos que

permiten ver a distancia y conectar informaciones provenientes de lugares separados. Permiten hacer visible, relacionar y observar lo que ya existe en distintos puntos. De ahí toma su nombre [Palantir Technologies](#). La empresa insiste en que no compra ni vende datos personales: integra y vuelve operables datos que sus clientes ya poseen. Es decir: como el *palantír* de Tolkien, su promesa es ver conjuntamente lo que estaba disperso —aunque quién mira, qué puede ver y para qué lo usa sea justamente el problema político. Su software se licencia a organizaciones para integrar y trabajar sobre datos que esas organizaciones ya controlan. Nos permite ver la datificación como infraestructura de decisión,

Imaginemos una organización gigantesca: un ejército, un sistema sanitario o una industria. Tiene cámaras, información satelital, bases administrativas, sensores, planillas, inventarios, historiales, posiciones geográficas, registros de mantenimiento, comunicaciones. El problema inicial es que esos registros existen en sistemas diferentes, con formatos diferentes y temporalidades diferentes.

Lo que hace [Foundry](#), una de las plataformas de Palantir, comienza por conectar, limpiar, normalizar, versionar y relacionar esos registros. Datos estructurados, imágenes, videos, PDF, flujos continuos de sensores: se integran dentro de una arquitectura común. Pero Palantir da después un paso más llamado [ontology](#) que es un modelo semántico-operacional. Pero observen lo que hace: toma esas fuentes de datos y las organiza como objetos, propiedades y relaciones. Una fábrica aparece como objeto; una máquina posee propiedades; un envío se relaciona con un proveedor; una persona con una función; un vehículo con una posición y objetivos de guerra; un evento con una temporalidad. Sobre esa representación pueden luego incorporarse acciones y decisiones. Palantir dice explícitamente que su objetivo es conectar los activos digitales con sus contrapartes del “mundo real” y producir una representación dinámica de la organización.

Antes de que un algoritmo pueda predecir algo, alguien o algún aparato tuvo que establecer qué cosas existen operacionalmente para ese sistema: ¿Qué cuenta como persona? ¿Qué cuenta como

vehículo? ¿Qué cuenta como amenaza? ¿Qué cuenta como anomalía? ¿Qué diferencias quedarán fuera?

Datificar significa construir una determinada legibilidad computacional del mundo. Desde Barad: todo aparato que permite distinguir también establece cortes. No diría que la datificación sea un registrar implica cortes agenciales que producen diferencias e importan operacionalmente, mientras otras quedan fuera de la materiación del sistema. El dato, entonces, no es todavía una predicción, Es su condición de posibilidad. Y eso nos conduce necesariamente al segundo movimiento: una vez que construimos esas diferencias y las ponemos en relación, ¿qué hacemos con ellas?

Ahí empieza la algoritmización.

Algoritmización: ¿Qué se hace con las diferencias que hemos vuelto computables?

Si datificar consistía en producir diferencias susceptibles de cálculo, **algoritmizar consiste en operar sobre esas diferencias**. En su definición más elemental, un algoritmo es un procedimiento: una secuencia finita de operaciones mediante la cual determinadas entradas son transformadas en determinadas salidas. Pero esta definición se vuelve insuficiente cuando entramos en aprendizaje automático. Allí ya no se trata únicamente de que un programador escriba exhaustivamente: *si ocurre A, entonces haga B*. Los sistemas son entrenados con datos para ajustar parámetros, encontrar regularidades y construir modelos capaces de clasificar, correlacionar o predecir frente a casos que no estaban contenidos literalmente en las instrucciones iniciales, dándose principalmente una articulación entre un nivel técnico de composición, generalmente opaco para el usuario, y un nivel político en el cual esas operaciones adquieren capacidad para orientar comportamientos.

Un algoritmo calcula relaciones entre valores, posiciones, distribuciones y patrones. El reconocimiento consiste en construir una frontera estadística que permita decir: esto pertenece a una clase, esto probablemente pertenece a otra. Entonces podemos establecer una secuencia bastante sencilla: datificar: hacer que algo cuente; algoritmizar: establecer cómo esas diferencias serán relacionadas, ponderadas, clasificadas y anticipadas.

Pero acá aparece inmediatamente el problema político. Porque clasificar no es solo describir sino **hacer algo con eso descrito**: Ordenar una lista. Priorizar un paciente. Detectar una amenaza. Recomendar una canción. Estimar un riesgo. Jerarquizar una noticia. Determinar qué rostro merece atención. Calcular qué acción es probablemente más adecuada.

Y ahí quisiera introducir solamente una puerta hacia algo que trabajaremos con mayor detenimiento en el próximo encuentro: lo que Antoinette Rouvroy y Thomas Berns llaman gubernamentalidad algorítmica. Su definición es muy precisa: una racionalidad que, mediante la recolección, agrupación y análisis automatizado de cantidades masivas de datos, busca “modelizar, anticipar y afectar por adelantado los comportamientos posibles”.

Lo interesante es que aquí cambia la forma de la norma. La disciplina clásica podía decir: ésta es la regla, éste es el comportamiento normal, esta persona es desviada. Incluso la estadística moderna podía construir un hombre medio respecto del cual medir distancias. Pero Rouvroy y Berns observan otra lógica: el sistema puede construir correlaciones continuamente actualizadas sin necesitar remitirme explícitamente a una norma general. Cada individuo parece convertirse progresivamente en su propio perfil estadístico, evolutivo y actualizado en tiempo real. No necesariamente me dicen: *“usted debe comportarse como el promedio”*. El dispositivo puede funcionar diciendo: *“dado lo que sabemos de este conjunto de trazas relacionadas con usted y con poblaciones estadísticamente próximas, esto es lo que **probablemente hará después**”*. Y después reorganizar el ambiente en función de esa probabilidad.

Ahí el control adquiere una forma diferente. [Deleuze hablaba de modulación](#): controles continuos, variables, capaces de transformarse a medida que circulamos. Rouvroy radicaliza ese problema mostrando que el blanco ya no necesita ser un individuo íntegro: pueden gobernarse **relaciones entre relaciones**, fragmentos infraindividuales que después componen perfiles supraindividuales. El poder no necesita preguntarme quién soy, ni siquiera necesita que yo me reconozca en aquello que calcula sobre mí.

Además de retenerse contenidos —qué vimos, qué escuchamos, qué escribimos—, sino también **las condiciones pragmáticas de nuestra atención** (lo que en el siguiente encuentro llamaremos [retenciones cuaternarias](#) trayendo a Stiegler): dónde hicimos clic, cuánto demoramos, qué deslizamos, dónde nos detuvimos, qué repetimos, qué aceleramos.

Porque el sistema conserva **lo que miré y cómo miré**. No solamente qué recuerdo exterioricé, sino los gestos temporales mediante los cuales presté atención. Y esas huellas pueden alimentar modelos que anticipen qué tendrá mayores probabilidades de capturar nuevamente mi atención. Por eso la algoritmización es también una automatización creciente de operaciones de clasificación, selección y anticipación que intervienen sobre el campo de lo posible antes de que ese posible se actualice como acto.

El futuro comienza a ser técnicamente preparado. Y para comprender cómo esa preparación logra instalarse de manera cotidiana, continua y casi ambiental, necesitamos ahora el tercer término.

Plataformización: cuando la infraestructura se vuelve ambiente

Si datificar era volver ciertas diferencias computables y algoritmizar era operar sobre ellas, plataformizar implica algo más: estabilizar esas operaciones dentro de una infraestructura capaz de organizar relaciones de manera persistente. Por eso una plataforma no es simplemente una aplicación, una página web o una pantalla. Es una arquitectura sociotécnica en la que datos, algoritmos, interfaces, reglas, modelos económicos, usuarios e infraestructuras materiales se articulan hasta constituir un medio estable para que determinadas actividades puedan ocurrir.

Para Srnicek, en su libro [capitalismo de plataformas](#): una plataforma es una infraestructura digital que permite la interacción entre dos o más grupos. Esa posición intermediaria es decisiva. Google pone en relación usuarios, anunciantes, productores de contenidos y servicios; Uber conecta conductores y pasajeros. Pero la plataforma no se limita a conectar actores preexistentes. Al controlar la infraestructura sobre la que ocurre la interacción, puede registrar esas interacciones, extraer datos de ellas, establecer reglas

de acceso y beneficiarse de efectos de red: cuanto más actores participan, mayor puede ser el valor de permanecer dentro del ecosistema.

[Zuckerfeld y Yansen](#) afinan esta idea desde el capitalismo informacional. Proponen pensar las plataformas de Internet como combinaciones de software y tecnologías digitales que median entre dos o más clases de actores humanos. Lo interesante es que desplazan la mirada desde “la plataforma” como cosa hacia los actores y, sobre todo, hacia los flujos que la atraviesan. No circula solamente información: pueden **circular bienes, vínculos, trabajo, dinero, atención y datos**. Esto permite entender que YouTube, Airbnb o una plataforma laboral no hacen lo mismo, aunque compartan una lógica de mediación. La plataforma organiza qué puede circular, entre quiénes y bajo qué condiciones.

Las plataformas constituyen un modo de organización sociotécnica en el que datos y algoritmos se retroalimentan, pero esa retroalimentación necesita interfaces cada vez más sofisticadas. La interfaz: es uno de los lugares donde la actividad social antropomorfizada se encuentra con el procesamiento computacional. Y estándares, protocolos e interoperabilidades permiten que sistemas heterogéneos se conecten, escalen y se vuelvan infraestructuralmente preñados. A medida que actividades antes dispersas dependen de esas infraestructuras, aumenta también el costo de abandonarlas.

Benjamin Bratton, en [The Stack](#), radicaliza esta definición porque piensa la plataforma simultáneamente como forma técnica, económica e institucional. Su formulación operativa es especialmente útil: un sistema técnico-económico basado en estándares que distribuye interfaces y, mediante esa misma coordinación distribuida, centraliza capacidad de control. La paradoja es importante: una plataforma descentraliza acciones mientras centraliza las condiciones bajo las cuales esas acciones pueden ocurrir. No necesita determinar cada conducta. Diseña el escenario, fija protocolos, formatos, métricas, perfiles, APIs, permisos y reglas de interoperabilidad; después permite que emerjan comportamientos que ningún diseñador podría prever completamente.

Por eso Bratton puede decir algo decisivo: en las plataformas, “los fines son una función de los medios”. Significa que la arquitectura introduce una direccionalidad. Una plataforma puede no saber qué video voy a subir mañana o qué movimiento político aparecerá; pero sí ha definido qué significa publicar, seguir, puntuar, compartir, bloquear, recomendar, monetizar o hacerse visible. En ese sentido, la plataforma es también una máquina de trazar y encuadrar: vuelve algunas conexiones posibles, algunas acciones sencillas y otras costosas, y organiza escalas de visibilidad, circulación y acceso.

Por eso, dentro de DAP, la plataformización es el momento en que los datos y los algoritmos se convierten en ambiente. Procesan prácticas sociales, ofrecen el terreno técnico dentro del cual una parte creciente de esas prácticas se realiza. Y ahí empieza la cuestión que me interesa abrir después: si distintas plataformas construyen de manera distinta sus interfaces, protocolos, métricas, temporalidades y posibilidades de acción, estamos entrando en espacios técnicamente distintos.

Es a partir de este recorrido que realizaré una genealogía de las principales plataformas que utilizamos cotidianamente, para poder dar cuenta de qué operaciones materializan sedimentándose en prácticas del día a día que se han vuelto parte de nuestras organologías.

GOOGLE SEARCH — 1998: La sedimentación de la relevancia calculada

Google fue creado en 1998. Alphabet, su empresa matriz, superó los **400.000 millones de dólares de ingresos en 2025**; Search continúa siendo su principal motor económico. No existe un número público robusto de usuarios activos de Google Search, pero la compañía declara más de cinco billones de búsquedas anuales. En Argentina, Google concentraba el 93,92 % del mercado de buscadores en junio de 2026. Lo que Google sedimentó no fue simplemente la posibilidad de encontrar información. Instituyó una determinada relación entre pregunta, orden y autoridad. Una consulta recorta una indeterminación y la entrega a una infraestructura que

indexa, compara y jerarquiza documentos. La página de resultados configura después un espacio desigual: algo aparece primero, algo queda abajo y algo prácticamente deja de existir para la experiencia ordinaria.

La operación de aparición es aquí el **ranking**. El mundo informacional se vuelve habitable mediante un orden calculado de relevancias. Aquello que hoy parece un gesto espontáneo — “googlear”— contiene ya una delegación organológica de memoria, selección y juicio preliminar. No se delega necesariamente la verdad, pero sí la determinación inicial de qué merece ser considerado. Google naturalizó, por tanto, una pregunta decisiva: no solamente qué existe, sino qué merece aparecer primero.

FACEBOOK — 2004: La sedimentación del perfil y del grafo social

Facebook fue creado en 2004. Meta no informa ingresos separados por aplicación: Facebook, Instagram y WhatsApp forman parte de un ecosistema corporativo que facturó 200.970 millones de dólares en 2025 y registró 3.580 millones de personas activas diariamente en alguna de sus aplicaciones al cierre de ese año. Facebook conserva alrededor de 3.070 millones de usuarios mensuales a escala global; en Argentina, su alcance publicitario era de 29,3 millones de cuentas a fines de 2025.

Facebook sedimentó otra arquitectura: el mundo social como grafo explícito de perfiles nominados. Nombre, fotografía, amistades, parentescos, estudios, trabajo, gustos y acontecimientos podían formalizarse como propiedades y conexiones. La relación dejaba una inscripción técnicamente persistente. No debería leerse únicamente como vigilancia ejercida desde afuera. Existe también deseo de conexión, confesión y participación: deseo de comunicar públicamente, compartir datos, fragmentarse y hacerse legible para formar parte de una socialidad dividida. El “¿qué estás pensando?” no solicita solamente información; convoca una práctica reiterada de partición de sí.

Lo que se naturalizó fue una operatoria de autodisección: seleccionar fragmentos, exponerlos, observar su recepción y aprender qué partes de sí adquieren consistencia circulatoria. El perfil no representa

simplemente a una identidad previa; participa en el trabajo mediante el cual esa **identidad se administra ante una red.**

YOUTUBE — 2005: La sedimentación de la duración audiovisual

YouTube fue creado en 2005 y adquirido por Google en 2006. En 2025 superó los 60.000 millones de dólares anuales entre publicidad y suscripciones. Su alcance publicitario global rondaba los 2.530 millones de usuarios, mientras que en Argentina alcanzaba a 32,9 millones de cuentas.

YouTube sedimentó una operación diferente: la conversión del mirar en duración mensurable y secuencia recomendada. Qué video se selecciona, cuánto se permanece, en qué momento se abandona, qué se busca después y qué trayecto audiovisual se compone. El contenido no aparece aislado. Inicio, miniatura, video, columna lateral, siguiente reproducción, autoplay y suscripción producen una continuidad. La retención pasada organiza la protensión siguiente: lo ya visto prepara aquello que podrá ser visto.

Esta arquitectura contribuyó también a estabilizar la figura del **prosumidor** y relaciones parasociales sostenidas en el tiempo. Un cuerpo y una voz pueden acompañar durante meses a personas que nunca encontrarán presencialmente. Lo que hoy parece natural — “seguir un canal”, “dejar algo de fondo”, aprender mediante tutoriales— supone una nueva consistencia entre archivo, presencia audiovisual y hábito. YouTube no organiza solamente videos: **serializa trayectorias de atención, aprendizaje y gusto.**

WHATSAPP — 2009:

WhatsApp fue creado en 2009 y adquirido por Facebook en 2014. Meta no publica sus ingresos de manera separada. La aplicación superó los **3.000 millones de usuarios globales**; más de 2.000 millones la utilizan diariamente. Aproximadamente en argentina un **93 % de la población conectada de 16 a 64 años.**

WhatsApp sedimentó una organología de la **presencia y la disponibilidad**. El vínculo preexistente se acopla al número telefónico, al dispositivo personal y a una infraestructura de mensajería prácticamente continua: “En línea”. “Escribiendo...”. Doble tilde. Audio a velocidad 1,5. Última conexión. Esas marcas intervienen en los

bordes entre presencia, ausencia, espera y respuesta. El silencio adquiere una inscripción: recibió, vio, escuchó. La aplicación no obliga principalmente a exponerse ante una audiencia masiva. Produce otra consistencia: **permanecer reacoplable**. La intimidad, el cuidado, el trabajo, la familia y la coordinación cotidiana convergen en la misma lista de conversaciones. Lo naturalizado aquí es que una relación **pueda reclamar continuidad aun cuando no se encuentra actualmente activa, véase notificaciones-vibraciones**. La aplicación se cierra; el vínculo permanece técnicamente pendiente.

INSTAGRAM – 2010:

Instagram fue creado en 2010 y adquirido por Facebook en 2012. En 2025 alcanzó los **3.000 millones de usuarios mensuales** globales. Meta no informa sus ingresos de forma independiente, por lo que debe remitirse a los 200.970 millones de dólares facturados por el ecosistema corporativo. En Argentina, Instagram tenía un alcance publicitario de **31,1 millones** de cuentas.

Instagram sedimentó una **gramática visual de aparición**. Fotografiar, encuadrar, editar, publicar, archivar, destacar, borrar y observar quién vio ya no son operaciones exteriores a la presentación de sí. Forman parte de su producción: Feed, perfil, Stories, Explore y Reels no ofrecen el mismo régimen de temporalidad: archivo, presente efímero, descubrimiento y flujo recomendado coexisten dentro de una misma arquitectura. Cada superficie introduce maneras diferentes de adquirir visibilidad. La perfilización no es aquí una copia digital del cuerpo, sino un trabajo continuo de alineación entre cuerpo, conducta, imagen y expectativa de audiencia. Se sedimenta así una forma de consistencia en la que aparecer implica anticipar las condiciones de circulación de la propia aparición.

X / TWITTER – 2006

Twitter fue creado en 2006 y rebautizado como X después de su adquisición en 2022. En Argentina llegaba a 6,70 millones de usuarios. X sedimentó una relación específica entre acontecimiento, publicación y urgencia. Postear, responder, citar, repostear y entrar en tendencia producen una superficie donde un hecho y su disputa interpretativa aparecen casi simultáneamente.

El tiempo dominante es coyuntural: intervenir antes de que aquello deje de ser actual. La plataforma no determina qué posición debe asumirse, pero orienta la intervención hacia formas susceptibles de circular bajo velocidad, brevedad, anonimato y controversia. Lo que se naturalizó fue la idea de que la relevancia pública puede leerse en tiempo real mediante tendencias, impresiones y volumen de respuesta. El acontecimiento no solo ocurre: es medido mientras intenta adquirir nombre para circular horizontalmente buscando volverse tendencia.

TIKTOK – 2016/2017: La sedimentación del entorno que aprende del gesto

Douyin fue lanzada en China en 2016 y TikTok se expandió internacionalmente en 2017. ByteDance no publica balances auditados: Reuters situó sus ingresos de 2024 alrededor de 155.000 millones de dólares; TikTok es uno de sus principales motores internacionales. La plataforma declara más de 1.000 millones de usuarios globales y en Argentina tenía un alcance publicitario de 29,2 millones de adultos a fines de 2025.

TikTok sedimentó el giro *recommendation-first*. Ya no es necesario construir previamente una red de amistades ni declarar exhaustivamente intereses. Basta comenzar a mirar. Permanecer, deslizar, repetir, abandonar y compartir producen una microescritura conductual. El entorno aprende de esos gestos y devuelve una secuencia reorganizada. Cada presente contiene ya la anticipación computacional del siguiente.

La mutación no consiste solamente en videos más breves. Cambia el principio de relevancia: del grafo explícito hacia el aprendizaje probabilístico de señales conductuales. Lo que se naturaliza es una superficie sin exterior visible, donde el próximo contenido llega antes de que sea necesario formular qué se buscaba. TikTok no inventó la repetición ni la atracción audiovisual. Sedimentó una arquitectura en la cual cada movimiento mínimo puede intervenir inmediatamente en la composición del ambiente siguiente.

Brainrot: Contenidos automatizados con inteligencia artificial.

Ver los siguientes videos:

<https://www.youtube.com/shorts/YoGF8IzwkP4?feature=share>

<https://www.youtube.com/shorts/75TTfBlmQ0A?feature=share>

All Italian Animals Sahur Family

Lo que aquí podemos observar es contenido realizado a partir de estadísticas retencionales sobre qué tipo de figuras/formas/ritornelos son aquellos que permiten capturar la atención de quien mira, la mayor cantidad de tiempo posible. Este tipo de videos se realiza con poca intervención humana, sobreviviendo aquellos que son viralizados, repetidos y likeados. Permitiéndonos pensar acerca de cómo la semiótica asignificante y significativa es capturada, procesada, analizada y devuelta en nuevos patrones de intra-acción con entidades maquínicas que disponen de contenidos multimodales (audio, voz, video, imagen), que permiten y alojan nuevas vinculaciones.

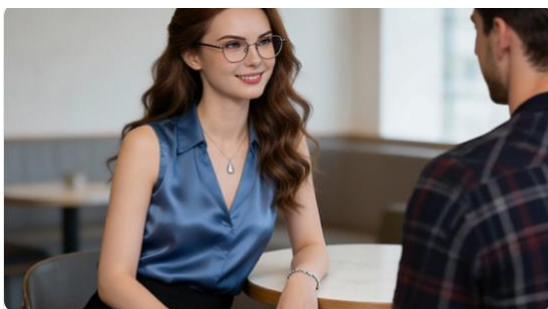
El *brainrot* permite observar una mutación particular del ritornelo. Lo que retorna no es necesariamente el mismo contenido, sino una gramática sensible: una cadencia reconocible, una voz sin cuerpo estable, una combinatoria visual absurda, una duración, una expectativa de repetición. La IA generativa multiplica las variaciones posibles mientras la plataforma selecciona diferencialmente cuáles consiguen sostener circulación. La repetición deja así de oponerse a la novedad: **lo que se repite es precisamente una máquina capaz de producir diferencias**. Y mientras para quien mira estas formas pueden aparecer como sinsentido, para el aparato constituyen conjuntos de señales perfectamente operables. La pregunta deja entonces de ser qué “quieren decir” estos contenidos para desplazarse hacia otra: **¿qué territorios sensibles producen cuando significación, repetición pulsional y selección maquínica comienzan a componerse recursivamente?**

Hasta aquí vimos plataformas que capturan conductas, producen perfiles, jerarquizan signos y reorganizan el campo de lo visible. Con la inteligencia artificial generativa aparece una torsión diferente: esas mismas ecologías comienzan a poblarse con **lenguaje producido maquínicamente**, capaz de regresar al campo humano bajo la forma de una respuesta dirigida a alguien. Aquí aparece el problema de la **sicofancia**: sistemas conversacionales que pueden

tender a confirmar, acompañar o reforzar la perspectiva de quien les habla. El problema no consiste simplemente en que “una máquina nos dé la razón”, sino la relación que puede producirse cuando disponibilidad permanente, respuesta personalizada y simulación de escucha se ensamblan con una demanda humana de reconocimiento. Por eso las propias empresas desarrollan arquitecturas de *safety*, equipos interdisciplinarios y criterios específicos para situaciones de sufrimiento psíquico, dependencia o pérdida de autonomía. El diseño del interlocutor comienza así a intervenir deliberadamente sobre la distancia que debe conservar respecto de quien le habla.

Pero la relación no termina necesariamente en el lenguaje. Sistemas conversacionales pueden acoplarse con **voz, imagen, memoria, sensores y actuadores**. Dispositivos como [Lovense](#) y distintas formas de robótica sexual permiten llevar esta pregunta hasta un límite particularmente visible: una respuesta computacional puede traducirse en vibración, movimiento, temperatura o tacto.

La interlocución vía LLM comienza a adquirir, mediante otros aparatos, algo parecido a **órganos técnicos**. La interfaz deja entonces de situarse solamente frente al cuerpo y comienza a entrar en circuitos capaces de afectarlo materialmente.



Crecimiento personal:

Para fomentar la confianza a través de una conexión libre de prejuicios.



Exploración:

Para dar rienda suelta a tus fantasías más salvajes de forma segura.



Conexión emocional:

Para fortalecer tu vínculo con tu compañero de IA



Compañía rutinaria:

Para la estructura diaria, la interacción o las conversaciones.

Mirada, voz, espera, fantasía, repetición, zonas corporales, objetos parciales y modalidades de satisfacción pueden entrar en composiciones donde ya no resulta evidente qué pertenece al cuerpo, qué pertenece a la imagen y qué pertenece al aparato. La pregunta por la erotización en ensambles maquínicos implica: **¿qué nuevas organizaciones de la pulsión y del vínculo pueden aparecer cuando la respuesta se vuelve programable, disponible, personalizable y técnicamente actuable?**

Quisiera dejar allí abierto el primer encuentro. Preguntamos dónde están ocurriendo hoy los procesos de subjetivación y encontramos un campo cuyos bordes se vuelven cada vez más difíciles de fijar: cuerpos, signos, datos, perfiles, algoritmos, plataformas y ahora interlocutores que pueden adquirir voz, memoria y capacidad de acción sobre otros dispositivos. Queda entonces pendientes las siguientes preguntas: ¿qué implican los actuales sistemas de inteligencia artificial y aprendizaje automático? ¿cómo

se producen subjetividades junto con estos ensamblajes? ¿Qué ocurre con el deseo, la angustia, la transferencia, la sensibilidad, la repetición y el plus de gozar cuando aquello con lo que hablamos también nos modeliza, nos interpreta y comienza a actuar sobre el mundo que compartimos? Esa será la entrada al próximo encuentro.